

Tenía que apresurarse e iba a echar a correr cuando de nuevo, cádate, Carolín se le interpuso. ¿Cómo librarse de ella? Se le vino a la mente un episodio en el que Carolín intervino por ser golosa. Fue ella quien robó las galletas de jengibre que guardaba tía Lala en el armario. «Te va a pesar —le dijo el cura—. No olvides que por la boca muere el pez.» Un escarmiento no le vendría del todo mal a Carolín. Sería bueno jugarle una trastada para que al fin dejara de molestarlo.

Desde la puerta de la panadería, medio ajustada, Chinino los miraba e insinuábaseles mostrando y saboreando galletas.

Betín sintió un gozo diabólico con sólo imaginarse la cara que pondría Carolín cuando Chinino, al hablarle, la asqueara con su vaho pestilente. Para su fuero interno Betín pensaba: Carolín me la debe. Por culpa de ella la gata asesino al pajarito y por eso la loca Andrea furiosa casi me corta el mío.

—Betín, ánimo.

—Aquel hombre dice que da galletas.

—¿De jengibre? —dijo ella y se le abrieron los ojos desmesuradamente.

—Pregúntale y verás. Anda, si quieres.

Carolín se acercó. Semioculto tras la puerta a manera de mampara Chinino le ofrecía las galletas.

—¿Me vas a dar?

—Sí, claro. Son sabrosas. Te daré las que quieras. Entra nomás.

Al entrar, Carolín miró hacia atrás y al darse cuenta de que Betín huía sintió profundamente el desaire. Betín la desdeñaba. No era capaz de comprenderla. Ella deseaba sentir sobre su cuerpo la más sencilla forma de caricia. Quería enterarse del misterio que todo el mundo le ocultaba.

Cerrada ya la puerta, en la penumbra, Carolín se asustó.

Iluminado por el fuego del horno, sudoroso, anhelante, semidesnudo, el hombre le entregó dos galletas.

—Pruébalas. Son sabrosas. Si eres buena te daré muchas más.

—Hace calor —dijo ella—. Aquí sí es cierto que se puede decir: en la boca del horno se quema el pan.

Mientras ella deglutía las galletas, él, sentado en un banco, la acariciaba tiernamente bajo la camisilla.

Sobre un alto escabel y a portada de manos había una caja repleta de galletas. Golosa, Carolín devoraba una tras otra mientras las manos de él, se deslizaban sobre el vientre y los senos. Ella de espaldas a él, entre sus piernas, sentía un extraño frenesí. Finalmente se iban a despejar para ella los secretos de la gozosa incógnita.

Él, ebrio y enloquecido de deseo, sudaba, lúbrico. El calor lo aturdió, pero lo cierto es que jamás en su vida se había excitado de tal modo. Fuera de sí, de pronto los demonios se apoderaron de él y, sofocando los gritos de la niña, la hizo suya de manera violenta, bestialmente. Aun la respiración acelerada de la chiquilla le pareció ruidosa. Para evitar que alguien la oyera presionó con su mano boca y fosas nasales hasta dejarla silenciosa. Los movimientos espasmódicos que hacía la chica queriendo liberarse eran nuevo incentivo para su goce insano. Saciado al fin su espasmo, sintió que por sus piernas corría algo tibio. ¿Sangre? El cuerpo de ella perdió de modo súbito su resistencia. Sus dos brazos se descolgaron laxos a ambos lados del cuerpo y apenas dejó de presionarla, la cabeza se le dobló sin vida sobre el pecho. Chinino comprendió que estaba muerta. Fue entonces cuando tuvo conciencia del peligro. Vendría la gente. Nuevamente lo pondrían en la cárcel. La única forma de salvarse era ocultando el delito. Levantó entre sus brazos el cadáver, lo sepultó en el horno, cuyo postigo clausuró y, anonadado, se echó por tierra en un rincón.

Por la insólita densidad del humo, la gente del contorno comenzó a aglomerarse afuera tratando de indagar. Los panaderos forzaron a empellones la puerta y hallaron a Chinino, ensangrentado, completamente en Babia. No se había dado cuenta de lo ocurrido.

En la iglesia las tres Marías rezaban, invocaban la salvación del Cielo salmodiando **libéranos Dómine** mientras en casa de ellas las llamas del infierno sofocaban al taimado Betín quien a través de las rendijas del baño deleitábase ojeando la admirable desnudez de Milagro.

## **DECÁLOGO QUINTO**





## Incesto y satiriasis

Hasta el sitio en que estaba junto a su **Underwood** y a pesar del bullicio de las prensas y el de los redactores y reporteros, Serafín escuchaba los gritos impacientes de los chiquillos que salían en estampida voceando **El Diario**. Releía con euforia la noticia redactada por él de la pasmosa curación de doña Cris lograda por Ladera a base de barbas de maíz. Quiere a la una y al otro con cariño filial, y está seguro de que apenas Marino lea el periódico llamará por teléfono para manifestarle su efusivo agradecimiento.

Serafín se ingeniaba y hacía lo humanamente posible por ganarse la simpatía del influyente Marino del que casi había sido como hermano de leche lo cual el otro, al encumbrarse, tendía a olvidar. Lo más probable, pensaba Serafín, es que aun habiéndose criado juntos, ambos se odiaran u ocultamente se envidiaran. Marino, por ser hijo de gente acomodada, había tenido más oportunidades de estudiar, de surgir. Serafín, desde joven, supo formarse solo y era un sagaz autodidacta. Temido como hábil polemista, más se sentía escritor.

Hijo adoptivo de Ladera, se crió con él. Las lenguas suspicaces de la isla decían que Serafín era hijo de una de las hermanas de don Plácido. Serafín recordaba que cierto día de su lejana infancia, la Niña Clo, mostrándole a través de una persiana a un grupo de hombres, le dijo: Ese fue el tipo que me perjudicó. Serafín no entendió la triste queja ni supo a quién se refería. La Niña Chenta me trataba muy mal; su hermana, tímida, jamás me defendía. Quien lo acogía mejor era tío Plácido que lo llevaba diariamente a la escuela, lo asistía en sus lecciones, lo hacía leer y le enseñó a amar el mundo imaginario de Julio Verne, de Salgari y de **Las mil y una noches**. Ahijado de la señora Cris, prefería siempre estar con ella aun soportando las marrumancias y maldades del odioso Marino.

Ya en la temprana adolescencia, la sabia guía de Plácido y las buenas lecturas le abrieron las ventanas del mundo y el deseo de viajar. Sintió que una pasión de trotamundos lo impulsaba a lanzarse e iniciar aventuras de las que no sabía las consecuencias ni la hora del regreso. Por eso se embarcaba a como diera lugar aun cuando fuese en la falúa más endeble. De acuerdo con la ley, los vapores, paquebotes, navíos, lanchas o cualesquiera tipos de embarcaciones inscritos bajo la insignia nacional tenían la obligación de contratar cierto número de marineros idem. Serafín trabajó como **timekeeper** en diversos cargueros. A veces demoraba en un puerto por razones de huelgas, mantenimiento o cuarentena. En esas ocasiones no descuidaba sus lecturas y aprovechaba el tiempo visitando museos, iglesias, ruinas y centros culturales. Había viajado mucho por Asia, Europa, América. La crisis del treinta lo sorprendió en Italia. No tuvo más remedio que ganarse la vida a salto de mata. Ese girovagiar de sitio en sitio fue inculcándole el deseo de escribir pues, en verdad, tenía mil cosas que decir, y sus lecturas además de sus viajes le habían ido formando una cultura que le daba prestigio y dignidad, sobre todo, porque su buena voz, que él modulaba con gracia, le permitía lucirse, especialmente cuando hablaba de sus múltiples viajes o al contarnos aventuras violentas como cuando hizo de inspector en un barco ballenero. Daba gusto escucharlo y, en la isla, quedábamos atentos y como fascinados cuando iniciaba alguna historia diciéndonos: Una vez en... Sabíamos que cualquiera aventura siempre era interesante ya fuese de Shanghai, de Yokohama, de Rangoon, de Honolulu, de Marsella, de Génova, de Bagdad, de Estambul. Solía andar a la moda y bien trajeado. Soberbio y vanidoso, tenía **ángel** y también la gran suerte de ser el preferido de las muchachas pues sabía conversar y entretenerlas. La gente lo creía mentiroso, sobre todo por su extraña manía de referirnos extrañísimos sueños, sueños que a lo mejor sacaba de su imaginación.

Cuando me enemisté con el Gobierno y escribí contra el régimen debido a mis ideas un poco anárquicas, la oficina de Naves y Abanderamiento me negó la posibilidad de embarcarme, y tuve que ganarme la vida a salto de mata. Lo hice mediante la edición de una revista cuya existencia dependía de avisos y suscripciones. Resultaba difícil conseguir el dinero suficiente para pagar los costos de impresión y obtener una mínima ganancia que apenas me alcanzaba para pagar una modesta habitación y mi comida en restaurantes baratos populares.

Buscando avisos y subsidios entraba a veces en las cantinas donde bebía aguardiente la gente adinerada como también ciertos políticos que

devengaban altos salarios. Todos me conocían no solamente por el prestigio que me habían dado mis escritos sino porque además yo había adquirido bastante fama como conversador y narrador de sueños.

De mesa en mesa me invitaban a libar buenos tragos (bebidas que costaban un carajal de plata), pero era inútil cualquier insinuación a mi revista y a mi buena intención de fomentar la cultura lo cual sólo se logra con dinero para pagar la imprenta. «Sigue bebiendo y goza, me decían. Bebe, chupa. Cuéntanos otro chiste.» El costo de los tragos seguía aumentando. Podía embriagarme, pero yo estaba hambriento, fatigado, con ganas de comer, mas, apenas intentaba pedir comida, por lo menos un **sangiüiche**, me decían: «No, no comas, porque cuando uno come se le quitan las ganas de beber y ya no seguirás narrando sueños o declamando esas guevadas que escribes. Sigue bebiendo.» Cuando entraba de lleno en mi problema y les tocaba el asunto de los avisos comerciales o el de las suscripciones, me decían: «No nos jodas con tu revista del carajo. Eso de la cultura y de la literatura sólo sirve para gente chiflada como tú. Sólo a ti se te ocurre que vamos a gastarnos nuestro dinero en pendejadas e insulsas revistillas con versitos románticos. Deja de estar jodiendo y bébete otro. Cuéntanos otro chiste.»

Las maestras y, sobre todas ellas Pepita Cárcamo que no le perdonaba cierto abuso de graves consecuencias, decían que Serafín era arrogante, presumido y ególatra, pero ellas resollaban por la herida pues habían trasegado el vino amargo de la desilusión.

Desde la época de la guerra de Coto, Serafín visitaba la isla con bastante frecuencia, pues como redactor, corresponsal y columnista de **El Diario** tuvo esa vez que entrevistar a los presos y se volvió amigo de Hipólito quien, por ser hombre culto y haber viajado mucho, parece que hizo buenas migas conmigo.

Intercambiábamos puntos de vistas, modos de ver el mundo, cosmovisiones. Felipe, al escucharnos, se quedaba como en Belén con los pastores. Yo solía darme tono insertando en esos razonamientos, como lo hacía en mis crónicas, vocablos raros de idiomas extranjeros. De tanto verla escrita y oírmela, Felipe me preguntó una noche qué carajo significaba esa difícil e infernal palabra **Weltanschauung**. ¡Qué bruto eres!, le dije en son de broma, pero él, tal vez herido, creyó ofenderme gritándome furioso: ¡Vete a la veltanchaun de tu madre!

Sonó el teléfono. Uno de los muchachos recibió la llamada y enseguida puso cara de circunstancia.

—Serafín, es contigo. Te llama Su Excelencia Marino Olaya.

Vanidoso y eufórico se aproximó al oído el auricular. Con notoria malicia y aguda envidia los redactores lanzaban indirectas sobre el gran **pull** que tiene cierta gente con los ministros.

De pronto comprendieron que algo raro ocurría, pues la expresión de júbilo de Serafín sufrió una brusca alteración. La voz de Su Excelencia Marino Olaya sonaba tan violenta, airada y alta que se podía escuchar casi a la par que la del sorprendido Serafín.

—¡Me jodiste, vergajo! ¿Por qué carajo tenías que divulgar con tantos bombos y platillos lo de la mejoría de mi mamá?

—Estoy soñando o es que te has vuelto loco. Lo hice impulsado por la idea de agradarte y en homenaje a Mama Cris y a Ladera.

—Tanto tú como él me han fastidiado sin alcanzar más éxito que desporrondingar mi plan de acción. Me hicieron la cagada del siglo. Después de mil esfuerzos, yo había logrado que el Gabinete y la prensa de oposición, condolidos por la dolencia de Cris, olvidaran la verdadera causa de mi caída y hasta le echaran tierra a mi aventura con la maldita esposa de Talavera, pero tu reportaje y esas famosas barbas de maíz me han hundido. Mejor me hubiera resultado un reportaje sobre la gravedad de mi mamá. Nadie debió haberse enterado de su asombrosa mejoría. ¡Váyanse a la puñeta!

La comunicación quedó cortada de modo brusco. Se oyó el golpe violento de la bocina cuando el Ministro la colgó.

Serafín, sorprendido y apenado, miró a los redactores, desconcertado, deshecho, confundido, pero inmediatamente reaccionó de modo brusco vociferando su mejor colección de palabrotas contra Marino.

—Bueno es culantro, pero no tanto —le dijo el director del periódico acercándosele con tono bondadoso.

Haciendo esfuerzos por reprimir una segunda eclosión de su violencia, Serafín echó afuera su íntimo reconcomio:

—Marino es un canalla y además un ingrato. No tiene sentimientos filiales y sólo piensa en su asquerosa política. A pesar de lo injusto que ha sido con Ladera, le debe mil favores a don Plácido. Le prometí guardar el secreto, pero no es digno de tal honra. Cuando hice el reportaje de los presos de Coto, volví a la isla dos o tres días después con el pretexto de ampliar mi información. Era domingo. Lo que me interesaba más que nada era el nuevo atracón que me iba a dar con la gringuita Pamela, pero, al llegar, ésta me dijo con cierto nerviosismo:

—Marino está muy grave. Tiene tres días de estar con Ida en un cuarto. No se han dejado ver. Entregados de lleno al dulce **fooking**, no han ingerido más que tragos y muy poco alimento. Marino siente un dolor insoportable y quiere que le traigan al médico, pero de incógnito. Desea ocultar su **affaire** con Ida. Está asustado pues cree que va a morir. Pretende que lo casen **in articulo mortis**.

Sin preguntarle más detalles, busqué más que de prisa a don Plácido y le hice la advertencia del secreto profesional. Me recordó que el juramento de Hipócrates nada tiene que ver con los incestos. Al enterarse más o menos de lo que se trataba, le envió un recado a Chon Candela. Al llegar al hotel, no me dejó pasar al cuarto ni saludar al dolorido Marino que aullaba de modo tan notorio que ya los comentarios hacían inútiles detener el bochinche. Me quedó con Pamela bebiendo algunos tragos e intrigado por la extraña dolencia de Marino. Sospeché que Pamela sabía algo. Aunque era obvio que estaba preocupada, sonreía a su pesar tal vez debido a que intuía la verdad. Como una hora más tarde se nos unió Ladera manifestándonos que ya el peligro había pasado. Pidió un trago. Se sentó con nosotros y fue narrándonos la pasmosa curación casi mágica que acababa de hacer. Lo delicioso, lo increíble era su forma espontánea de narrar, sin cortapisas, sin tapujos. Pamela, a veces, fingía sentirse alarmadísima.

Cuando Ladera entró en el cuarto, Ida, llorosa, se había cubierto apenas con una bata o **negligé**. Marino se quejaba en la cama bajo la sábana. Al descubrirlo, lo notó erecto. Tenía la cosa enhiesta, decía Ladera. No había forma de hacérsela bajar y le dolía como el carajo. Don Plácido examinó a Marino y al enterarse de las causas hizo enseguida su diagnóstico. Esto es, dijo, lo que los griegos del tiempo de Pericles solían llamar priapismo, desmesura que, en buen romance, indica abuso fálico. Pidió a una camarera que consiguiera posturas de gallinas, huevos frescos, tres o cuatro docenas y una batea pequeña. Al ver que los partía e iba echándolos en el recipiente

Ida le digo No doctor ya estamos hartos de ponche. Pero el doctor repuso: no se lo va a beber por la boca sino por el trasero. Puso en el suelo la batea y, haciendo levantar a Marino, le dijo: Ahora añingótate sobre ellos. No es un baño de asiento. Levanta la batea con ambas manos procurando establecer el contacto entre tus nalgas y la amalgama ovípara. Ahora, puja hacia adentro. Haz el esfuerzo de succionar los huevos con el esfínter tal como si chuparas con la boca algo sabroso. Marino hizo lo que él decía. Don Plácido Ladera aseguraba que el ano se tragó claras y yemas. Las succionaba vorazmente. Mientras subían los huevos, bajaba el de Marino. Casi enseguida se le alivió el dolor. Lo malo del asunto fue que en ese momento entró al cuarto, como una tromba, Chon Candela, y, acercándose a Ida, le espetó a quema ropa, de un sólo sopetón no sé cuántas violentas bofetadas. Ladera tuvo que intervenir. Pacificada, Chon Candela explicó lo que Ladera sabía y no los novios. Marino e Ida eran hermanos; ambos, hijos del Ñopo.

—Sin darse por vencido —siguió contando Serafín— Marino fue enseguida a su casa y emplazó a su mamá violentamente. Cris, llorando, tuvo qué confesarle la verdad. Ya ella estaba encinta del Ñopo cuando éste la casó con Chinino quien, además de apático y borrachín, era estéril. Fue un golpe atroz para Marino, pues su papá, para él, siempre había sido el bueno de Chinino. Quiso insultar al Ñopo, pero Cristobalina logró frenarlo a tiempo. Le dijo: «No te olvides que el Ñopo es tu padrino y en calidad de tal costeará tus estudios en los Estados Unidos.» Marino, que en el fondo es un cínico, se embarcó al poco tiempo.

## No se sentía del todo responsable

Los goznes herrumbrosos de ambas cancelas rechinaron cuando Felipe entró al traspatio que se veía bastante abandonado. Se notaba que Chon Candela no atendía los sembrados con el esmero que lo hacía la difunta. La hojarasca se aglomeraba negra y húmeda. Las pencas, ya reseca, pendían de las palmeras o yacían por el suelo. Varias habían caído sobre el agua de la pequeña charca. En otro tiempo, los gansos regañones y los patos nadaban cuchicheando. Las gallinas corrían por todo el patio perseguidas ya por Pelusa o ya por Barrabás. Al cacareo infernal y a los ladridos se mezclaban los gritos de las chiquillas que Felipe asustaba bajando de algún árbol de mangos. Betín, el más pequeño de los hijos del Ñopo, era quien, pertinaz, ponía las quejas. La señora Delfina, siempre tosiendo por la tisis, ya casi no salía de su recámara. Como ella no atendía a sus querellas, Betín buscaba al Ñopo. Felipe le guardaba la más cordial antipatía. Siendo ya adolescente, Pipe deseaba a Cándida y aprovechaba toda ocasión propicia para besarla entre las matas, cuando jugaban a escondidas, pero ella se limpiaba los besos manifestando enojo, pues las tías la educaban para monja. Tal vez por eso Cándida trataba de esconder sus sentimientos más íntimos queriendo aparentar unos pudores que no correspondían a su naturaleza excitable. Dalila, que aunque menor era precoz, no ocultaba sus más feroces celos por la ostensible preferencia que Chompipe manifestaba por la hermana mayor. Descalzas y con blusitas cortas, la carne de Felipe se encabritaba cuando, al treparse ellas a un árbol, les miraba las piernas. Cándida le notaba la pupila satánica y se cubría tímida y casta; Dalila, en cambio, dejaba que la brisa le alzara la blusita mientras reía mordiendo alguna fruta cuyo jugo le corría entre los senos. Betín no permitía aquellos juegos: Mamá, las marimachos se han trepado en un palo. La señora Delfina gritaba desde el cuarto ¡Muchachas condenadas, van a matarme! Cándida oía

asustada los accesos de tos e iba a ayudarla. Felipe corría enseguida a la cocina e inventaba ocuparse de menesteres útiles para no estar a solas con Dalila, no porque despreciara a la pequeña sino para evitar ser arrastrado como en un remolino cuya fuerza de atracción presentía. La ponzoña del sexo lo pinchaba cuando ella, provocándolo, se le trepaba encima a horcajadas y él sentía su contacto, enfebrecido; pero él rehuía el hechizo de la vorágine. Para Dalila había tiempo de sobra; lo que le urgía a Felipe, antes de nada, era gozar a Cándida. En vano la había esperado varias noches en el granero creyendo que asistiría a la cita. Los recados los llevaba Dalila. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿No lo estaría engañando, torturándolo por pueriles caprichos de su precocidad? Oculto en la penumbra, se debatía impaciente tras la puerta, creyéndola cercana en cada ruido. ¿Llegaba? ¿No llegaba? ¿Qué pasaría? De pronto, alguien entró. Cayó en sus brazos. Era Dalila, perfumada, cubierta apenas con su ligera blusa. La besó enfebrecido. El turbión de la sangre lo cegó. Era imposible resistir. La chiquilla se estremecía jadeante, apetecible, fogosa entre sus brazos. Sentía sus carnes duras, vibrantes. No pudo más. Unidos en el gran torbellino, cayeron acezantes. Una queja. Un resuello. Ya llegaba el profundo desencadenamiento del espasmo cuando de pronto un ruido de la puerta que se abre, luz, un grito, violentos rebencazos y dolor que flagela. Felipe dio un gran salto. Voló por la ventana. Subió despavorido. Llamó: Venga, señora. La trajo casi a rastras. Dalila enloquecida, recibía en carne viva los chirrionazos que el gallego, borracho, le propinaba sin la más leve pizca de piedad. ¡Asesino!, le gritó la señora. Trató de proteger a la hija, pero el otro la hizo caer de un empujón y enfurecido siguió foeteando a la chiquilla que, enceguecida por el dolor, quiso escaparse por la puerta del mar. Dio un paso en falso. Resbaló. Cayó al agua. La marea estaba llena, cubría las rocas por ser tiempo de aguaje. Las olas se encrespaban golpeando sobre los arrecifes. La marejada se tragó a la criatura y el Ñopo, casi a punto de caer, logró frenarse y quedó en vilo, paralizado, extático, con el rebenque alzado. Corrió empavorecido. ¡Mi hija, se ahoga! ¡Sálvala tú, Felipe! ¿Cómo dudar? Felipe no le temía al peligro, mucho menos en aquella ocasión, pues en su yo profundo sentíase reo de culpa. Se echó. Luchó un instante bajo el empuje de las olas. Al fin hizo un esfuerzo, se agarró de una roca, respiró a pulmón lleno y nuevamente se sumió entre el violento rebullir del oleaje. Golpeado por el flujo salía a ratos a flote para aspirar el aire y volvía a hundirse, pero no daba con Dalila. Varios hombres llamados por el Ñopo se zambulleron, impulsados más por piedad hacia la niña que por amor al Ñopo a quien todos tenían motivos para odiar. El patio fue llenándose de gente. Al Ñopo, ya deshecho por el dolor, tuvieron que